—Eso es una extravagancia. ¿Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

—Sí, menos igualarnos.

—¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted; desde hoy usted tendrá cuanto apetezca, y jamás tendrá usted penas.

—Usted tiene familia.

—Está ausente.

—Usted se avergonzará de mí mañana.

—Jamás, contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fué bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó á Arturo una salida honrosa, y á nosotros pasar á otro capítulo.

CAPÍTULO V

Monografía del pollo

AUNQUE el joven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con más especialidad de la época actual, y todavía más particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente á secas, con el niño, ni mucho menos con el joven.

El pollo se cría en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva de la generación que viene, de una generación encargada de darle la últi-

ma mano á nuestras cosas de hoy.

Cuando nos hemos propuesto escribir sobre *los pollos*, no hemos comprendido bajo este nombre á todos los jóvenes, ni este título *sui generis* lo prodigamos por razón de edad solamente; y para que el lector juzgue y establezca importantes diferencias en las clasificaciones, le mostraremos nuestra cartilla, que á la letra dice:

—¿Qué es pollo?

—Pollo, por razón de edad, es un bípedo racional que está pasando de la edad del niño á la del joven.

—¿Qué es pollo por razón social?

—El bípedo de doce á dieciocho años, gastado en la inmoralidad y en las malas costumbres.

—¿En cuántas clases se dividen los pollos?

—En cuatro, á saber: *pollo fino*, *pollo callejero*, *pollo ronco* y *pollo tempranero*.

—¿Qué es *pollo fino?*

—El hijo de gallina *mocha* y rica, y gallo de pelea, ocioso, inútil y corrompido por razón de su riqueza.

—¿Qué es *pollo callejero?*

—El bípedo bastardo ó bien sin madre, hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos, que de puro liberales no les ha quedado cara en qué persignarse.

—¿Qué es *pollo ronco?*

—El de la raza del callejero, que llega al auge de su preponderancia, que es el plagio.

—¿Qué es *pollo tempranero?*

—Cada uno de los tres anteriores que se distingue en su primer emplume por sus avances; de manera que es más *tempranero* el que con menos edad tiene más vicios y el corazón más gastado.

—¿Existen en esa edad jóvenes á quienes no se les debía aplicar el nombre de pollos?

—Sí; existe la generación espiritual, la de los jóvenes honrados, los hijos de la Ciencia, los alumnos aprovechados de los establecimientos de educación, ricos y pobres, pero fieles á la moral y al deber, que serán mañana los depositarios de la honra nacional, del patriotismo, de la ciencia y de la literatura.

—¿Hay causas determinantes del aumento y progreso de los pollos de las cuatro clases enunciadas?

—Sí, y son las siguientes: primera, el torrente invasor de la prostitución parisiense, y segunda, la conmoción social en la época de transición porque atravesamos.

—¿Cómo se podrán corregir los pollos implumes cuando desprecian la moral y el deber, cuando se burlan de los buenos ejemplos?

—Sólo por medio del ridículo. Señáleseles con el dedo; exhíbanse ante el mundo con todos sus defectos, y

al arrancar sonrisas mofadoras y gestos de desdén, tal vez le teman más al ridículo que al crimen.

Con esta moraleja acaba la cartilla. Nuestra intención es sana, tanto cuanto es nuestra pluma torpe en el difícil género que hemos emprendido; pero en gracia de nuestra buena intención, nos perdonará el lector la digresión y anudaremos el hilo de la historia.

Volvamos á Pedrito.

Pedrito tenía mucho de su papá y de su mamá, pero más tenía de sí mismo, de manera que sabía más de lo que le habían enseñado.

Pedrito tenía por derecho legítimo el título de pollo callejero.

Doña Lola, si bien no tenía eso con que se hacen los discursos, era buena, inofensiva y devota, pero no pudo conseguir que Pedrito siguiera sus consejos. En cuanto á D. Jacobo, se dispensó una vez por todas la molestia de dárselos nunca.

Abolida (y con justicia) la disciplina y los golpes como método racional de enseñanza, ha habido después muchos papás y mamás que han tocado el extremo opuesto; hoy están en mayoría absoluta los muchachos consentidos, los niños son más formalmente mal criados y terribles; las mamás querendonas y consentidoras están también en mayoría.

Temblad ante los niños, especialmente de los riquitos. Muchos dicen que es porque nacen más despiertos, que es el progreso, y exclaman, parodiando al libro santo: Dejad que los niños hagan lo que les dé gana.

Eso hizo Pedrito, eso le dejaron hacer hasta lograr su entrada en el gremio de los pollos callejeros.

Merced á la influencia del general, tardó muy poco en encontrar destino, y mucho menos en encontrar sastre: dos elementos tan indispensables para el pollo, como el maíz y el agua.

Pedrito fué de la noche á la mañana escribiente; bien es que no sabía escribir, pero ya aprendería; y si de ortografía tampoco sabía cosa, estaba recomendado por el general.

Pedrito se transformó en un abrir y cerrar de ojos; no había recibido la primera quincena cuando estrenó un pantalón á grandes cuadros, un saco ó gabán en que empleó el sastre la menor cantidad posible de género.

El pollo callejero le llama al sombrero alto *sorbete* ó *cubeta,* y lo rehusa por ser el distintivo de los caballeros. Pedrito se adaptó un sombrerito corto, abovedado, que, segun él decía, era á la inglesa.

Se colocó la corbata más amarilla y más abigarrada que encontró en el comercio, y no faltó alfiler, ni dije, ni circunstancia para que Pedrito estuviese presentable.

La pobre de D.ª Lola tenía mucho gusto, y era tan buena, que tuvo

más satisfacción de ver á Pedrito hecho un lechuguino, que si le hubiera visto la honrada blusa del obrero.

Doña Lola creía de buena fe que su hijo se había logrado; y cuando supo que Pedrito tenía amigos de distinción, la pobre madre no pudo menos que avergonzarse de haber reprendido tantas veces injustamente á su pobre Pedrito.

Doña Lola, como lo habrá conocido el lector, creía con mucha facilidad muchas cosas: tenía desarrollado el órgano de la fe, ó, como decía don José de la Luz, D.ª Lola tenía muy buenas creederas.

De manera que D.ª Lola creía sinceramente que D. José era el modelo de los compadres; y á juzgar por las pruebas de cariño que de éste recibía diariamente, tenía razón: don José estaba pendiente de sus menores deseos; D. José hacía las veces de don Jacobo Baca; con respecto á la

Pedrito.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

conducta de los hijos de éste, D. José subvenía á las necesidades domésticas, y como se verá por lo que vamos á contar en seguida, D. José no tenía precio en materia de amistad.

Se acercaba un viernes de Dolores.

Don José había estado viendo venir ese viernes hacía dos meses.

Doña Lola tenía una Dolorosa, delante de la cual ardía de día y de noche una lamparita.

—El día de mi Virgen, decía una noche D.ª Lola á D. José, el día de mi Virgen pongo altar.

—Hará usted muy bien, D.ª Lola; esa es una costumbre que me gusta mucho. Estamos de acuerdo, y además, como ese es un día grande.....

—¿Por qué? preguntó D.ª Lola, sabiendo por qué lo decía D. José.

—Porque es el día de su santo.

En los labios de D.ª Lola se dibujó una sonrisa.

En los de D. José otra.

Después la mirada de D.ª Lola se encontró con la mirada de D. José, y los dos guardaron silencio.

En seguida hablaron de otras cosas.

Pocos días después D. José rompió un interregno de silencio con estas palabras:

—Con que el día de su santo.....

Y..... ¡qué casualidad! se volvieron á reproducir las dos sonrisas y se volvieron á encontrar las dos miradas.

Doña Lola estaba sembrando en macetitas y cubriendo con semillas de chía remojadas la áspera superficie de unos jarritos porosos.

—¿Con que esa es la siembra para el día de su santo, comadre?

—Para el viernes de Dolores.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, porque todo esto es para mi Virgen. A mí no hay quien me celebre.

—Yo, comadre, ese día es mío.

—Pero ¡compadre de mi alma!

—Ya lo dije, y ya lo saben los amigos.

El fino del compadre tenía efectivamente preparada una fiesta, y ya en la vecindad andaba el runrún de que el viernes de Dolores habría un buen altar en la vivienda de doña Lola.

La víspera de día tan solemne se había acostado bien tarde D.ª Lola, y Concha, un tanto contrariada, había tomado parte en las importantes haciendas de la casa, que se había removido de arriba á abajo.

En cuanto á Pedrito, hacía días que no tenía la bondad de ver á su madre, porque Arturo, de quien era muy amigo, lo hospedaba en su casa.

De repente, los sonoros ecos de una música de bandolones, flautas y corneta de pistón despertaron á D.ª Lola, á Concha y á los vecinos.

Era el bueno de D. José, que venía

á ofrecer á D.ª Lola *unas mañanitas*.

Después de la primera pieza se abrió lentamente la vivienda de doña Lola, y apareció Concha y después su mamá.

—¡Compadre! exclamó ésta, ¿para qué se mete usted en..... *esas mañanitas?*

—¡Comadre! contestó D. José, es un deber; le dije á usted que el día era mío, y lo he tomado desde temprano.

Efectivamente, eran las cuatro de la mañana, apenas empezaban á rechinar algunas puertas, y el ruido de algunas escobas empezaba á turbar el silencio de las calles, interrumpido á esas horas por el andar de algunos panaderos, por el rumor lejano de las diligencias que salen y por el mugido prolongado de una vaca que entra en la ciudad, extrañando á su cría.

El santo de la fiesta, que no era ni santa, pero que así le decían todos, mostraba esa satisfacción embarazo-

sa de todos los santos de la fiesta; los músicos tocaban alegres danzas, y ya los vecinos, atraídos por la novedad, estaban formando corrillos: unos se agolpaban al corredor, otros acechaban y algunos entraban á saludar á D.ª Lola.

Concha estaba despeinada ,y vestía una bata de percal blanco y se cubría el pecho con un rebozo de Tenancingo.

A las *mañanitas* musicales hubo que agregar la indispensable ceremonia de hacer la mañana, y circuló el *catalán* con beneplácito, especialmente de los músicos.

Concha no tomó; pero en su lugar don José tomó una copa, que acompañó con un brindis que sabía de memoria y recitaba en estos casos.

Don José fué celebrado por doña Lola y por los músicos, quienes tocaron diana como un homenaje al verdadero mérito.

El día pintaba bien: debía ser muy alegre.

—Como que se celebran los Dolores de María, decía D.ª Lola con fervor devoto.

—Y á mi comadre, añadía D. José.

Concha, ayudada por una criada andrajosa, sirvió el desayuno; y cuando los músicos se retiraron comenzó el tragín del altar, al que cada uno de los vecinos concurría con su contingente: quién envía sus macetas, quién unos platos con semillas de trigo nacidas, quién un tápalo de gasa y quién botellas y vasos para las aguas de colores; porque en aquel altar cabía todo lo alegre, todo lo abigarrado y rechinante, desde las prendas de ropa, hasta los platos del comedor, los pájaros, los macetas, las flores artificiales de un peinado que se usó y las flores empolvadas que habían adornado algunos años las clavijas de una guitarra; finalmente, D. José mandó cuarenta velas de cera.

Concha, en unión de dos amiguitas de la vecindad, se había encargado de las aguas frescas con que los concurrentes habían de mitigar el calor que iban á sentir con las cuarenta velas.

Don José estuvo más atento y más servicial que nunca; comió en la casa y trabajó todo el día para poner el altar: como que era el encargado de clavar clavos en las paredes y poner las macetas y las velas.

Pedrito apareció al mediodía, é hizo un gesto y dijo que aquello era el fanatismo y el embrutecimiento; doña Lola y D. José le llamaron excomulgado y hereje, y Pedrito se dió humos de civilizado, burlándose de aquella fiesta, hasta el grado de introducir en la casa y en la vecindad, no sólo el desconcierto, sino el escándalo.